

Los placeres de Marieta

Autora: Xinia Castillo Campos

Dirección electrónica: xcastillo2003@gmail.com

En la finca cafetalera Los Rosales, nació y creció Marieta Rojas Solórzano. Su padre era trabajador de dicha propiedad y su familia se asentó para vivir y servir allí. Eran muy católicos, serviciales, atentos y buenas personas. La chica se caracterizaba por ser inteligente, extrovertida, buena estudiante, colaboradora con las labores del hogar y con asuntos de la comunidad. Sin embargo, era insegura y temerosa, desgarbada, caminaba encogida ocultando sus senos grandes aun siendo niña, flaca y alta, pelo corto y negro y con muchas pecas. Se sentía fea, aunque destacara por sus dotes intelectuales.

Cuando estaba en la secundaria, y con unos quince años, conoció a un chico compañero del colegio, del último año, para nada bien parecido, pero se fijó en ella, le decía palabras bonitas, la admiraba por lo inteligente y colaborativa, la buscaba en los recesos y aprovechaban estos para conversar y conquistarse mutuamente. Y más pronto de lo imaginable, la chiquilla Marieta se sentía totalmente enamorada de Oswaldo León. Ella parecía que andaba suspendida en una nube, pensativa, buscando instantes para verse con su amado y a escondidas de sus padres, pues para ellos su hija tendría novio hasta que se valiera por sí misma y tuviera independencia económica. Esto la mantenía asustada y en permanentes ascuas, esperando que nadie de su familia se enterara de sus amores colegiales. Pero como a toda persona enamorada, se le notaban cambios en su caminar, su sonrisa, sus conversaciones, sus relaciones con el resto de personas, entre otras cosas. Su madre lo notó y le preguntó si había alguien por ahí, intentando conquistarla. Le respondió que no, pero que tenía un compañero muy atento, y que le gustaba mucho conversar con él, pero que su prioridad era estudiar, como siempre. No pasó mucho tiempo, sin que el asunto se conociera, pues su hermana la descubrió y le dijo a su mamá. Se armó un embrollo, pues esa hermanita le puso uñas, cola, dientes y fuego a su chisme.

Entonces, Oswaldo se atrevió a visitar la casa de sus suegros y se expuso a que lo conocieran, pasando por el escrutinio de esta familia y de todos los vecinos enterados del tema.

Luego, entraron a jugar las hormonas de los enamorados. Los besos, las caricias furtivas, los toqueteos en sitios oscuros y en partes no visibles del cuerpo, los juegos de pasiones escondidas y la búsqueda de opciones para dejar salir esa energía oculta y ese fuego insaciable que recorría sus cuerpos cuando estaban cerca. A pesar de su deseo, siempre había alguien cerca, vigilando, acosando, espiando, máxime si podía decir o poner alguna queja o chisme.

Pero como suele suceder, los enamorados siempre encuentran la manera de experimentar sus deseos, a vivir sus pasiones, de saciarse de esa hambre de placer.

Salían a caminar por los alrededores acompañados, pero se escapaban con disimulo hacia el río, los cafetales, o las bodegas que habían en la finca y se perdían retozando uno sobre el otro, experimentando todas las clases de placeres que pudieran descubrir en esos espacios deliciosos que habían encontrado. Se descubrían mutuamente, se acariciaban, se tocaban, y hacían el amor disfrutando cada instante y haciendo acrobacias con el uso del tiempo para no ser descubiertos. Después de sus encuentros se sacudían su pelo, sus ropas, se aseguraban de que nadie los pillara y salían de nuevo al encuentro de sus guardianes y de regreso a la casa. Y por supuesto, se quedaban a la espera de que Marieta se asegurara que tenía su periodo menstrual.

Un día, haciendo el amor cerca del río, debajo de árboles frondosos, a la pareja le pareció escuchar un ruido, pero como estaban tan acaramelados y disfrutando la sazón del momento, no se percataron que había una figura gigante que los observaba y no más se movieron gozando de su complicidad, se fue encima de los amantes, y estos salieron corriendo como alma que lleva el diablo, juntado los

calzones en el camino. El toro se había salido del potrero y arremetió contra la pareja, dejándolos al otro lado de la cerca, más asustados y temblorosos que nunca.

En otro momento de juegos sexuales, la guila semidesnuda hacía un baile de seducción a su amado Osvaldo a la sombra de un gigantesco árbol de mango. Se reían, imaginaban la música, se excitaban y sentían que ese tiempo era un oasis de pasiones desenfrenadas. Por alguna razón, unas cuantas gallinas corrían por el callejón cercano y más atrás un perro grande y rabioso las perseguía, pero al percatarse de la presencia de los muchachos, se volvió hacia ellos y se les echó encima, mordiendo al novio y matando la ilusión de un delicioso momento.

Pero ninguna de esas experiencias hizo mella en ellos, pues siguieron haciendo el amor a escondidas, llevándose sustos, y sintiendo los goces del placer que la vida les ponía al frente.

Cuadernillos
Xinia Castillo Campos